

Arthur Schopenhauer

# El arte de tener razón

## Expuesto en 38 estratagemas

Edición, estudio y notas de Franco Volpi



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Die Kunst, Recht zu Behalten. In 38 Kunstgriffen dargestellt*, editado a partir de *L'arte di ottenere ragione esposta in 38 stratagemmi*, di Arthur Schopenhauer, a cura di Franco Volpi.

La edición española ha sido contratada a través de la agencia literaria Ute Korner, S. L., Barcelona.

[www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)

Traducción de: Jesús Alborés Rey

Primera edición: 2002

Segunda edición: 2010

Décima reimpresión: 2020

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Diseño cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 1991 by Adelphi Edizioni s.p.a. Milano. [www.adelphi.it](http://www.adelphi.it)

© de la traducción: Jesús Alborés Rey, 2002

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2002, 2020

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADO

ISBN: 978-84-206-7410-0

Depósito legal: M. 42.019-2010

Composición: Grupo Anaya

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Advertencia
- 13 El arte de tener razón
- 32 La base de toda dialéctica
- 74 Anexo
- 79 Schopenhauer y la dialéctica, por Franco Volpi
- 81 1. ¿Qué dialéctica?
- 83 2. Las bodas de Mercurio y Filología
- 90 3. La dialéctica en la Antigüedad
- 92 4. La sofística
- 94 5. Sócrates
- 96 6. Platón
- 101 7. Aristóteles
- 108 8. Después de Aristóteles
- 109 9. La dialéctica en la Modernidad
- 111 10. Kant
- 120 11. El lugar de una conclusión: Schopenhauer  
*versus* Hegel
- 127 Apuntes bibliográficos



# Advertencia

*El arte de tener razón* es un opúsculo que Schopenhauer dejó en una versión casi definitiva, aunque no llegó a publicarlo. Fue redactado, con toda probabilidad, a finales del período berlinés, en torno a 1830-1831. El texto manuscrito, carente de título, comprende ocho folios, más un folio adjunto y otros dos medios folios, en total 44 páginas; está encuadernado y se encuentra en la obra póstuma del filósofo. El contenido permite relacionar este texto con los temas tratados en las lecciones berlinesas sobre «dianología», es decir, la «teoría de todo el pensar», en particular el capítulo sobre lógica (*Philosophische Vorlesungen*, edición de Franz Mockrauer, Piper, Múnich, 1913). Por lo demás, esta relación es corroborada por indicios materiales, como el tipo de papel utilizado, idéntico en ambos casos.

Se encuentran alusiones a la dialéctica, y por tanto observaciones, notas y materiales sobre el tema que después se recogerían en este pequeño tratado, en numerosos lugares de la obra de Schopenhauer: en los manuscritos juveniles (a partir de 1817), posteriormente en *El mundo como voluntad y representación*, en las lecciones berlinesas y en sus escritos póstumos. La mención más significativa se encuentra en *Parerga y paralipómena*, en cuyo capítulo sobre «Lógica y dialéctica» (tomo II, cap. 2, § 26), Schopenhauer reproduce la parte inicial de este tratado exponiendo las nueve primeras estratagemas. Después de haber relatado la génesis de su interés por el tema, Schopenhauer indica aquí también las razones que le llevaron a desistir de publicar el opúsculo ya prácticamente concluido: «Recogí, pues, todas las estratagemas de mala fe que tan frecuentemente se utilizan al discutir y expuse claramente cada una de las mismas en su esencia más propia, aclarada mediante ejemplos y designada por un nombre propio, y añadí finalmente los medios que se pueden aplicar contra ellas, lo que podríamos denominar las paradas contra estas fintas, de lo cual resultó una verdadera *dialéctica erística* [...]. En la revisión que he emprendido ahora de aquel antiguo trabajo mío ya no encuentro adecuado a mi temperamento el examen exhaustivo y minucioso de los subterfugios y ardidés de los que se sirve la naturaleza humana común para ocultar sus

faltas, por lo que lo dejo a un lado» (*Parerga und Paralipomena*, tomo II, pp. 33-34, Diogenes Verlag, Zúrich, 1977). Y un poco más adelante: «He recopilado y desarrollado, pues, unas cuarenta estratagemas semejantes. Pero ahora me repugnan la iluminación de todos estos escondrijos de la insuficiencia y la incapacidad, hermanadas con la obstinación, la vanidad y la mala fe; por tanto, me doy por satisfecho con este ensayo y con tanta mayor seriedad remito a las razones arriba expuestas para evitar discutir con el tipo de gente que suele ser la mayoría» (*ibid.*, pp. 38-39).

Este pequeño tratado fue publicado por primera vez, con el título de *Eristik*, por Julius Frauenstädt en *Arthur Schopenhauers handschriftlicher Nachlass [Legado manuscrito de Arthur Schopenhauer]* (Brockhaus, Leipzig, 1864). Debemos a Arthur Hübscher una edición posterior, que es la de referencia; está incluida en su edición de los escritos inéditos del filósofo: *Der handschriftlicher Nachlass [El legado manuscrito]*, 5 vols., Kramer, Frankfurt am Main, 1966-1975 (posteriormente editada por Deutscher Taschenbuch Verlag, Múnich, 1985), vol. III, pp. 666-695. Hay, finalmente, una tercera edición, aligerada de algunas notas de carácter erudito y adaptada a las exigencias de facilidad de lectura, publicada por Gerd Haffmans según ese mismo modelo (*Eristische Dialektik oder Die Kunst, Recht zu behalten, in 38 Kunstgriffe dargestellt*, Haffmans, Zúrich, 1983).

Las variantes en el título del opúsculo se deben al hecho de que, como se ha señalado, el manuscrito carece de él. Este, sin embargo, se deduce del texto mismo y de lo que Schopenhauer afirma en el mencionado pasaje de *Parerga y paralipómena*, en el cual recuerda el opúsculo una primera vez como *Dialéctica erística* y una segunda como *Bosquejo de lo esencial de toda discusión* (*Umriss des Wesentlichen jeder Disputation*).

La presente edición se basa en la de Arthur Hübscher, con una sola modificación. Arthur Hübscher, en su edición crítica, situó al inicio de texto, como un exordio, las hojas separadas y no numeradas (las denominadas *Nebenbogen*) adjuntas al primero de los ocho folios numerados de los que consta el manuscrito. Dichas hojas contienen referencias históricas al origen y principales concepciones de la dialéctica y constituyen los materiales recopilados por Schopenhauer con vistas a una verdadera introducción al opúsculo. El carácter fragmentario e incompleto de estas referencias nos ha decidido a situarlas de distinto modo en la actual edición, no crítica; por eso van al final, con la indicación explícita de que se trata de un «anexo».

Franco Volpi

El arte de tener razón

Expuesto en 38 estratagemas



La dialéctica erística\* es el arte de discutir, y de discutir de tal modo que uno siempre lleve razón<sup>1</sup>, es decir, *per fas et nefas* [justa o injustamente]\*\*. Uno

\* Entre los antiguos, lógica y dialéctica solían utilizarse como sinónimos; lo mismo ocurre con los modernos.

\*\* La de *erística* no sería sino una palabra más dura para decir lo mismo. Aristóteles, según Diógenes Laercio, V, 28, consideró conjuntamente retórica y dialéctica, cuyo fin es la persuasión, τὸ πιθανόν, y por otro lado la analítica y la filosofía, cuyo fin es la verdad. Διαλεκτικὴ δὲ ἐστὶ τέχνη λόγων, δι' ἧς ἀνασχευάζομεν τι ἢ κατασκευάζομεν, ἐξ ἐρωτήσεως καὶ ἀποκρίσεως τῶν κροσδιαλεγόμενων [La dialéctica es el arte del discurso, según el cual, y por medio de preguntas y respuestas, disponemos la argumentación o la refutación de un argumento]. (Diógenes Laercio, III, 48, en *Vita Platonis*.)

Aristóteles distingue, pues, 1) la *lógica* o analítica, como teoría o instrucción para llegar a los silogismos verdaderos, los apodícticos; 2) la *dialéctica*

1. Utilizo por convención las expresiones «tener razón» y «llevar razón» para traducir, respectivamente, «Recht haben» y «Recht behalten». Schopenhauer emplea la primera para expresar el hecho de tener objetivamente razón; la segunda, para referirse a la técnica de imponerse en la discusión, con independencia de que se tenga o no razón en el asunto discutido. (*N. del T.*)

puede, pues, tener razón *objetiva* en el asunto mismo y sin embargo carecer de ella a ojos de los presentes, incluso a veces a los propios ojos. Ese es el caso cuando, por ejemplo, el adversario refuta mi prueba y esto se considera una refutación de la propia afirmación, para la cual puede no obstante haber otras pruebas; en cuyo caso, naturalmente, la situación se invierte para el adversario: sigue llevando razón aunque objetivamente no la tenga. Por tanto, la verdad objetiva de una proposición y su validez en la aprobación de los que discuten y sus oyentes son dos cosas distintas. (De esto último se ocupa la dialéctica.)

¿A qué se debe esto? A la natural maldad del género humano. Si no existiera esta, si fuéramos por naturaleza honrados, en todo debate no tendríamos otra finalidad que la de poner de manifiesto la ver-

o instrucción para llegar a los silogismos que se consideran verdaderos, que generalmente pasan por serlo –ἐνδοξᾶ, *probabilia* (*Tópicos*, I, 1 y 12)–; silogismos que no está demostrado que sean falsos, pero tampoco que sean verdaderos (en sí y por sí), silogismos en los que no es esto lo que importa. ¿Pero qué es esto sino el arte de llevar razón, independientemente de que en el fondo se tenga o no? Se trata, pues, del arte de alcanzar la apariencia de verdad sin que importe el asunto. Por tanto, como se ha dicho al principio, Aristóteles divide realmente los silogismos en lógicos y dialécticos, como ya hemos dicho, y además 3) en erísticos (*Erística*), en los que la forma del silogismo es la correcta, pero las propias proposiciones, la materia, no lo son, sino que solo parecen verdaderas y, finalmente, 4) en sofísticos (*Sofística*), en los cuales la forma del silogismo es falsa, aunque parezca correcta. Los tres últimos tipos en realidad forman parte de la *dialéctica* erística, pues todos ellos tienen como objetivo no la verdad objetiva, sino su apariencia, sin que importe la propia verdad, es decir: tienen como objetivo *llevar razón*. Por otra parte, el libro sobre los silogismos sofísticos fue editado solo posteriormente: era el último libro de la dialéctica.

dad, sin importarnos en nada que esta se conformara a la primera opinión que hubiéramos expuesto o a la del otro; esto sería indiferente, o por lo menos completamente secundario. Pero ahora es lo principal. La vanidad innata, especialmente susceptible en lo tocante a las capacidades intelectuales, se niega a admitir que lo que hemos empezado exponiendo resulte ser falso y cierto lo expuesto por el adversario. En este caso, todo lo que uno tendría que hacer sería esforzarse por juzgar correctamente, para lo cual tendría que pensar primero y hablar después. Pero a la vanidad innata se añaden en la mayoría la locuacidad y la innata mala fe. Hablan antes de pensar y al observar después que su afirmación es falsa y que no tienen razón, deben aparentar que es al revés. El interés por la verdad, que en la mayoría de los casos pudo haber sido el único motivo al exponer la tesis supuestamente verdadera, cede ahora del todo a favor del interés por la vanidad: lo verdadero debe parecer falso y lo falso verdadero.

Sin embargo, incluso esa mala fe, el persistir en una tesis que ya nos parece falsa a nosotros mismos, aun tiene una disculpa: muchas veces, al principio estamos firmemente convencidos de la verdad de nuestra afirmación, pero el argumento del adversario parece desbaratarla; si nos damos de inmediato por vencidos, frecuentemente descubrimos después que éramos nosotros quienes teníamos razón:

el argumento salvador no se nos ocurrió en ese momento. De ahí surge en nosotros la máxima de que aun cuando el contraargumento parezca correcto y convincente, no obstante hay que oponerse a él en la creencia de que esa corrección no es sino aparente y que durante la discusión ya se nos ocurrirá un argumento para rebatirlo o para confirmar de algún otro modo nuestra verdad: por ese motivo nos vemos casi forzados, o al menos fácilmente tentados, a la mala fe en la discusión. De tal manera se amparan mutuamente la debilidad de nuestro entendimiento y lo torcido de nuestra voluntad. A esto se debe que generalmente quien discute no combate en pro de la verdad, sino de su tesis, actuando como *pro ara et focis* [por el altar y el hogar] y *per fas et nefas*; y, como se ha mostrado, tampoco puede hacer otra cosa.

Generalmente, pues, cualquiera desea imponer su afirmación, incluso aunque de momento le parezca falsa o dudosa\*. A cada cual su propia astucia y

\* Maquiavelo prescribe al príncipe que aproveche todo momento de debilidad de su vecino para atacarle, pues de lo contrario este podrá utilizar alguna vez el momento en el que aquel sea débil. Si reinaran la confianza y la buena fe, la cosa sería distinta; pero como no podemos confiar en ellas uno tampoco puede ejercerlas, porque reciben mal pago. Lo mismo ocurre al discutir: si le doy la razón al adversario tan pronto como parece tenerla, difícilmente hará él lo mismo si se vuelven las tornas: más bien actuará *per nefas* y por tanto yo tengo que hacer lo mismo. Nada cuesta decir que se debe atender únicamente a la verdad sin preferencia por la propia tesis: pero como uno no puede dar por supuesto que el otro vaya a hacerlo, tampoco él debe hacerlo. Además, si tan pronto como me pareciera que el otro tiene razón renunciara a mi tesis, que previamente he pensado con

maldad le facilitan hasta cierto punto los medios para hacerlo: esto se aprende de la experiencia cotidiana al discutir. Todos tienen, pues, su propia *dialéctica natural*, del mismo modo que tienen su propia *lógica natural*. Sin embargo, aquella no le guía ni mucho menos con tanta seguridad como esta. Nadie pensará o inferirá tan fácilmente en contra de las leyes lógicas: los juicios falsos son frecuentes, los silogismos falsos sumamente raros. No es fácil, pues, que un hombre muestre falta de lógica natural, al contrario de lo que ocurre con la falta de dialéctica natural: esta es un don natural desigualmente repartido (y similar en esto a la facultad del juicio, que está repartida de forma muy desigual, en tanto que la razón lo está por igual). Pues es frecuente dejarse confundir y refutar mediante una mera argumentación aparente cuando uno tiene en realidad razón, o al revés: y el que sale vencedor de una discusión muchas veces no se lo debe a la corrección de su facultad de juzgar al exponer su tesis, sino más bien a la astucia y habilidad con las que la defiende. Lo innato es aquí, como en todos los casos, lo mejor\*. Sin embargo, el ejercicio y la reflexión sobre los ardides con los que se derriba al adversario o que este suele utilizar para derribar pueden

detenimiento, fácilmente puede suceder que renuncie a la verdad y adopte el error, engañado por una impresión momentánea.

\* Doctrina *sed vim promovet insitam* [Pero la educación desarrolla la fuerza innata]. (Horacio, *Carmina* IV, 4, 33.)

ayudar mucho a convertirse en maestro de este arte. Por tanto, aunque la lógica quizá no tenga una auténtica utilidad práctica, la dialéctica sí que puede tenerla. En mi opinión, también Aristóteles planteó su lógica en sentido propio (analítica) principalmente como base y preparación de la *dialéctica*, siendo esta lo principal para él. La lógica se ocupa de la mera forma de las proposiciones, la dialéctica de su contenido o materia: por consiguiente, la consideración de la *forma*, en tanto que general, tenía que preceder a la del contenido, en tanto que particular.

Aristóteles no determina el fin de la dialéctica con tanta nitidez como yo lo he hecho: aunque menciona como fin principal el discutir, también se refiere al descubrimiento de la verdad (*Tópicos*, I, 2). Más adelante vuelve a decir: trátense las proposiciones filosóficamente conforme a la verdad, dialécticamente conforme a la apariencia o aprobación, la opinión de otros (*δόξα*) (*Tópicos*, I, 12). Es cierto que es consciente de la distinción y separación de la verdad objetiva de una tesis del hacer valer la misma o del obtener la aprobación: sin embargo, no distingue ambas cosas de forma tan nítida como para confiar esta última únicamente a la dialéctica\*.

\* Y, por otro lado, en el libro *Sobre las refutaciones sofísticas* vuelve a ocuparse en exceso de distinguir la dialéctica de la *sofística* y la *erística*; se supone allí que la distinción debe estribar en que los silogismos dialécticos son verdaderos en la forma y en el contenido, en tanto que los erísticos o sofísticos (que solo se distinguen por su finalidad, que en los primeros –erística– es el tener razón en sí, y en los segundos –sofística– es el reco-